

LECTURAS

MORFOLOGIA WAINHAUS

1, 2 | DG | FADU | UBA

JUEGOS DE NIÑOS

ROBERT LOUIS STEVENSON

JUEGOS DE NIÑOS

ROBERT LOUIS STEVENSON

La nostalgia que sentimos por nuestra niñez no puede justificarse del todo: un hombre puede vivir sin temor al sarcasmo público, pues aunque sacudamos la cabeza ante el cambio no se nos escapan las múltiples ventajas de nuestra nueva situación. Lo que perdemos de impulso generoso lo ganamos en la costumbre de cuidar generosamente de los demás y la capacidad de disfrutar a Shakespeare debería ser una buena compensación para nuestra perdida disposición a jugar a los soldados. El terror ha desaparecido de nuestras vidas, más aún, ya no vemos al Diablo entre las sábanas ni permanecemos despiertos al escuchar el viento. Ya no tenemos que ir a la escuela y si sólo hemos cambiado un trabajo pesado por otro (lo que de ningún modo es seguro), estamos liberados para siempre del temor cotidiano al castigo. Y sin embargo nos ha acaecido un enorme cambio y aunque no la pasemos peor, al menos consideramos de modo diferente a nuestros placeres. Necesitamos hoy condimentos para que el cordero frío del miércoles agrade a nuestro apetito del viernes, y puedo recordar el tiempo cuando disfrazarlo de venado y contarme una historia de cazadores lo hacía más delicioso que la mejor de las salsas. Para la persona adulta el cordero frío es cordero frío en cualquier parte del mundo y ninguna mitología alguna vez inventada por el hombre puede hacer que le resulte mejor o peor. El hecho concreto, la flagrante realidad del cordero arrasa con esas seductoras invenciones. Pero para el niño sigue siendo posible transformar los alimentos con un hechizo y si lee sobre un platillo en un libro de cuentos será maná del cielo para él durante una semana.

Si un hombre adulto no desea comer, beber ni hacer ejercicio, si no tiene gustos sanos significará que su cuerpo es débil y que deberá tomar algún remedio, pero los niños pueden ser puro espíritu, si así lo quieren, y sacar placer de un mundo hecho

únicamente de luz de luna. Las sensaciones no pesan tanto en nuestros primeros años como harán más adelante; nos sigue pesando algo del entumecimiento producido por los pañales. Vemos, tocamos y oímos a través de una especie de neblina dorada. Los niños, por ejemplo, son lo bastante capaces de ver, pero no son muchas sus facultades para mirar, no apelan a sus ojos por el placer de usarlos, sino guiados por sus propios objetivos. Las cosas a las que veía más vívidamente con la mente no eran hermosas en sí mismas sino simplemente interesantes o apetecibles para mí tal como creía que se las podía usar en un juego concreto. Tampoco el sentido del tacto es tan claro y punzante en los niños como en el hombre. Si apelamos a nuestros recuerdos, creo que las sensaciones de ese tipo que habremos de recordar serán de algún modo vagas y no nos llegarán más que como una neblinosa y agradable sensación de estar en la cama. Y aquí, por supuesto, pretenderemos hablar de las sensaciones placenteras y del control del dolor, el elemento más mortífero y trágico de la vida y el verdadero amo de nuestro espíritu y nuestro cuerpo. Es así, el dolor hace su propio camino en cada uno de nosotros, irrumpe como un grosero visitante en el jardín encantado donde el niño anda como en un sueño, con una seguridad no menor que con la que el inmortal dios de la guerra gobierna el campo de batalla o nos hace llorar en nombre de su padre. Ni la inocencia ni la filosofía pueden protegernos de este agujijón.

En cuanto al gusto, cuando recordamos los excesos de dulces no elaborados que deleítan a un paladar juvenil “sin dudas no es una aspereza muy cínica” pensar en un personaje de crecimiento más maduro. El olfato y el oído probablemente estén más desarrollados, recuerdo muchos olores, muchas voces y una enorme cantidad de cursos de agua cantando en el bosque. Pero el oído puede

mejorarse mucho como medio de obtener placer y existe todo un mundo entre acechar maravillado un nido de pájaros y la emoción con la cual un hombre escucha la música articulada.

Al mismo tiempo, y al ritmo de este incremento en la definición y la intensidad de lo que sentimos y que acompaña nuestra edad adulta, tiene lugar otro cambio de la esfera del intelecto, a causa del cual todas las cosas se transforman y son vistas a través de teorías y asociaciones como si se tratara de ventanas coloridas. Nos hacemos día a día, fuera de las especulaciones sobre la historia, las versiones y las especulaciones económicas y Dios sabe qué más, de un instrumento con el que caminamos y miramos más allá. Estudiamos las vidrieras de los locales con otros ojos que los de nuestra niñez, sin sorprendernos nunca, no siempre llevados por la admiración sino para construir y modificar nuestras pequeñas teorías incongruentes sobre la vida. Ya no es el uniforme de un soldado lo que atrapa nuestra atención sino tal vez el leve carruaje de una dama o quizá el gesto vivamente impreso en su rostro por la pasión y que lleva una historia prohibida escrita en sus líneas. El placer de la sorpresa ha quedado atrás; los pilones de azúcar y los caballos de mar parecen pálidos remedos cuando los vemos; y caminamos por las calles para imaginar historias y para hacer sociología. No por eso debemos ignorar que existe una buena cantidad de personas que camina sólo con propósitos de tránsito o para ayudar a la digestión y al hígado. Son ellos quienes en realidad deben recordar su infancia con sensaciones mezcladas pero el resto de nosotros se halla en mejor posición; sabemos más que cuando éramos niños, comprendemos mejor, nuestros deseos y simpatías son más acordes al estímulo de los sentidos y nuestras mentes se concentran en lo que les interesa cuando recorren el mundo. Según mi planteo, se trata de una altura que un niño no puede alcanzar. Son transportados en cochecillos y arrastrados de aquí para allá por niñeras embarcadas en una placentera indiferencia. Una vaga, leve, continua extrañeza los posee. Aquí y allá alguna circunstancia destacable, como un mapa del mar o un guarda, ocupa al descuido el lugar del pensamiento y los saca por un momento de sí mismos; y se los puede ver, todavía remolcados a los tirones por la inexorable niñera como por una especie de destino, pero que siguen paralizados ante cualquier objeto brillante que se

les caza en el camino. Pueden transcurrir algunos minutos antes de que otro espectáculo igual de excitante los vuelva a traer al mundo en el que habitan. Y en relación con otros niños casi invariablemente muestran cierta inteligente simpatía. “He aquí un buen camarada preparando pasteles de barro” parecen decir, “por lo que puedo entender, hay un cierto sentido en los pasteles de barro”. Pero dejan pasar de largo sin mostrar el menor interés los actos de sus hermanos mayores, a menos que sean claramente pintorescos o recomendables por el hecho de que son fácilmente imitables. De no ser por esta perpetua imaginación, nos veríamos tentados a suponer que directamente nos desprecian o que sólo nos consideran como criaturas brutalmente fuertes y brutalmente tontas, entre las cuales condescienden a vivir en obediencia como un filósofo en medio de una corte de bárbaros. De hecho, a veces demuestran una arrogancia despreciativa que es verdaderamente estremecedora. Cierta vez, cuando me quejaba en voz alta de un dolor físico un caballerito entró a mi cuarto y despreocupadamente me preguntó si había visto su arco y sus flechas. No prestó la menor atención a mis quejidos, era algo que debía aceptar como una muestra de la inexplicable conducta de sus mayores. Como un astuto caballero en ciernes no habría de gastar su capacidad de asombro con ese tema. Aceptaba a esos mayores, que se ocupan tan poco del placer racional y que incluso pueden ser enemigos del placer racional de los demás, sin comprenderlos y sin quejarse, tal como el resto de nosotros acepta que el universo sea como es.

Nosotros los adultos podemos contarnos una historia, dar y recibir golpes hasta que suene la señal, cabalgar rápido y lejos, casarnos, caer y morir mientras todo el tiempo permanecemos tranquilos junto al fuego o tirados en la cama. Esto es exactamente lo que un niño no puede hacer, o al menos no hace cuando puede apelar a otra cosa. Trabaja fundamentalmente con figuras secundarias y propiedades dramáticas. Cuando su historia llega al momento del combate debe levantarse, tomar algo que haga las voces de espada y mantener un duelo con algún muelle hasta que se queda con aliento. Si debe cabalgar para recibir el perdón del rey, ha de montarse a una silla, a la que habrá de apurar y fustigar y sobre la cual se comportará tan furiosamente que el mensajero llegará si no ensangrentado por

las espuelas al menos orgullosamente enrojecido por el esfuerzo. Si sus peripecias implican un accidente sobre un peñasco, debe trepar en persona al escritorio repleto de cajones y caer corporalmente sobre la alfombra antes de que su imaginación quede satisfecha. Soldados, muñecas, en resumen todo juguete está en la misma categoría y obedece al mismo objetivo. Nada puede torcer las convicciones, la fe, de un niño; acepta los sustitutos más burdos y puede digerir las incoherencias más evidentes. La silla que había cumplido el papel de castillo o que se había abalanzado valerosamente al piso en su rol de dragón es retirada para que la use la visita de la mañana y él no se sentirá avergonzado en lo más mínimo; podrá seguir Sus escaramuzas a la hora siguiente con un balde de carbón; en medio de una encantada satisfacción podría llegar a ver sin que lo afecte demasiado al jardinero enterrando tranquilamente las papas de la cena de ese día. Puede hacer abstracción del hecho de que algo de lo que hace no encaja en su relato y desvía la mirada del mismo modo en que apretamos nuestras narices al pasar por una sucia callejuela. Y tan es así que a pesar de que los pasos de los niños se cruzan diariamente con los de sus mayores en cientos de lugares, jamás van en la misma dirección y nunca se basan en el mismo elemento. Del mismo modo que los cables telegráficos pueden cruzarse con la línea de la ruta, o que el pintor de paisajes y un vendedor visitan el mismo país y sin embargo se mueven en mundos diferentes.

La gente afectada por estos espectáculos se regodea en voz alta por el poder de la imaginación en los jóvenes. En realidad pueden decirse un par de palabras al respecto. En cierto modo, lo que exhiben los niños es una imaginación pedestre. Son las personas adultas quienes crean las historias de cuna; lo que hacen los niños es preservar celosamente los textos. Una de entre una docena de razones por la cual Robinson Crusoe debería ser tan popular entre la juventud es que muestra su nivel en esta cuestión como si fuera una sutileza; Crusoe está siempre en el papel de sustituto y debe *actuar* en una gran variedad de profesiones. Por lo tanto el libro trata todo el tiempo de herramientas y no hay nada que agrade más a un niño. Los martillos y los serruchos pertenecen a una provincia de la vida que convoca claramente a la imitación. El drama lírico juvenil, seguramente basado en el tan antiguo modelo tes-

piano, en el cual los pasos de la humanidad son impulsados por el convencional “En una fría y nevada mañana”, es una buena muestra del gusto artístico de los niños. Y esta necesidad de acciones desplegadas y personajes secundarios da cuenta de un defecto en la imaginación del niño que le impide llevar sus novelas a la privacidad de su propio corazón. No conoce aún lo suficiente al mundo y a los hombres. Su experiencia es incompleta. Ese vestuario general y ese escenario al que llamamos memoria está apenas provisto, por lo que sólo puede utilizar escasas combinaciones y corporizar sólo algunas historias por sí mismo y sin ayuda externa. Se encuentra en una etapa experimental, no se muestra seguro de cómo habremos de sentirnos en determinadas circunstancias, aunque es claro que habrá de aproximarse en la medida en que lo intente y sus talentos se lo permitan. Y es aquí que llegamos al heroísmo infantil armado de una espada de madera y a las madres que ejercen su hermosa vocación sobre un pedazo de palo remendado. Podría causar gracia por ahora, pero se trata de las mismas personas y las mismas ideas que en poco tiempo, cuando ocupen el escenario de la vida, nos harán llorar y temer. Pues los niños tienen las mismas ideas y sueñan con lo mismo que los hombres con barba y las mujeres casaderas. Ninguno es más romántico que el otro. La fama y el honor, el amor de los jóvenes y el amor de las madres, el placer que su método le brinda al comerciante, todos ellos y los demás están anticipados y ensayados en las horas de juego. En relación a nosotros, que hemos avanzado más y nos enfrentamos a las amenazas del destino, sólo somos objeto de miradas esporádicas para recoger una pequeña señal de su propia reproducción mimética. Dos niños jugando a ser soldados son mucho más interesantes para sí mismos que un soldado verdadero al que ambos se ocupan tanto en imitar. Tal vez esto sea lo más extraño de todo el asunto. “Arte por el arte” es su consigna y los actos de los adultos sólo interesan como materia prima para el juego. Ni Teófilo Gautier ni Flaubert podrían contemplar la vida más insensiblemente, o valorar la reproducción tanto más que la realidad; y ambos parodiarían una ejecución, un lecho mortuario o el funeral del joven de Naim con todo el entusiasmo del mundo.

Por supuesto, el verdadero paralelo del juego no habrá de encontrarse en el arte consciente que, aun-

que se derive del juego, es en sí algo abstracto, impersonal y depende fundamentalmente de intereses filosóficos lejanos al alcance de la infancia. Es cuando construimos castillos en el aire y personificamos al protagonista de nuestras propias historias que regresamos al espíritu de nuestros primeros años. Solo que hay varias razones por las cuales ese espíritu ya no resulta agradable de aceptar. En estos tiempos en que admitimos en nuestras divagaciones este elemento personal estamos en condiciones de despertar recuerdos incómodos y pesarosos y recordar intensamente las viejas heridas. Los sueños de nuestra vigilia ya no pueden vagar por los aires como una historia de Las mil y una noches; nos hablan en realidad de la historia de un período del cual hemos formado parte, cuando atravesamos varias etapas desdichadas y nuestra conducta fue rápidamente castigada. Y luego el niño, tengamos esto en mente, hace su parte. No es que simplemente se la repita para sí mismo: salta, corre y se excita con la sangre que cubre todo su cuerpo. Y de este modo su juego lo estimula y no tarda en asumir una pasión en la que se desahoga. Cuando nos dedicamos a nuestra forma intelectual de juego, tranquilos junto al fuego y acostados en la cama, surgen en nosotros muchas e intensas sensaciones a las que no encontramos salida. La mente madura no acepta sustitutos sino que desea las cosas en sí incluso para ensayar un diálogo triunfal con nuestro enemigo. A pesar de que se trate seguramente del único fragmento teatral placentero que aun nos queda, no resulta plenamente satisfactorio e incluso es posible que se convierta en una visita y un encuentro que puede ser la contracara de lo triunfal. En el mundo infantil de las sensaciones confusas, el juego lo incluye todo. “Hacer creer” es el quid de toda su vida y a veces no consigue siquiera ponerse a caminar si no lo hace como personaje. No pude aprender mis primeras letras sin la adecuada *mise-en-scene* e interpretar a un comerciante en su oficina antes de poder sentarme junto a mi libro. Les molestaría indagar en su memoria y descubrir cuánto hicieron, ya sea por trabajo o por placer, de buena fe y en pleno uso de sus facultades, y cuánto para engañarse con alguna invención? Recuerdo como si fuera ayer la expansión del alma, la dignidad, la confianza en mí mismo que me llegaba con un par de bigotes hechos con corcho quemado, aun cuando no hubiera nada que hacer. Los niños llegan hasta a renunciar a lo que llamamos

realidades y prefieren la sombra a la sustancia. Cuando podrían conversar de modo inteligible, parlotean sin sentido en una jeringonza incomprensible y se sienten felices de hacer creer que hablan en francés. Ya he dicho que incluso el imperioso impulso del hambre puede llegar a ser postergado y traído de las narices por el grosero final de una vieja canción. Y esto es más profundo: cuando los niños se reúnen, incluso una merienda puede sentirse como una interrupción de sus actividades vitales y deben encontrar alguna sanción imaginaria y contarse alguna clase de historia para darle colorido y hacer entretenido el simple proceso de comer y beber. ¡Qué fantásticas creaciones he podido oír alrededor de tazas de té! De las que se seguían un código entero de reglas y un mundo completo de entusiasmos hasta que el beber el té alcanzara el rango de juego. Cuando mi primo y yo bebíamos nuestro potaje por las mañanas, contábamos con un truco para resistir la maldición de la comida. Él comía la suya con azúcar y explicaba que se trataba de un territorio continuamente hundido bajo la nieve. Yo le agregaba leche a mi porción y decía que se trataba de un país que sufría todo el tiempo de inundaciones graduales. Pueden imaginarse los boletines que intercambiábamos; que quedaba aquí una isla que no habla quedado sumergida, más allá un valle al que la nieve aún no había cubierto, cuáles eran las invenciones realizadas, el modo en que la población vivía en roperos y perchas y viajaba en zancos. En mi país se vivía siempre en botes, sus habitantes se ponían furiosos cuando el último rincón protegido se partía en pedazos y se iba achicando minuto a minuto. Así el alimento resultaba siempre una cuestión secundaria e incluso podía alcanzar un gusto nauseabundo, tanto tiempo había sido cocinado en esas ensoñaciones. Pero tal vez los momentos más excitantes que pasé alguna vez en relación con alguna comida fueron en el caso de la jalea de pies de vaca. Era casi imposible no crecer —y pueden estar seguros que hice todo lo que pude para favorecer la ilusión— que una parte de ella era hueca y que tarde o temprano mi cuchara se enterraría en el secreto tabernáculo de la roca dorada: allí tal vez un barbarroja en miniatura esperara su momento, allí podían encontrarse los tesoros de los cuarenta ladrones y al embrujado Cassim golpeando las paredes. Y de ese modo me escurría lentamente, con el aliento entrecortado, paladeando la situación. Créanme, poco era el paladar que

me quedaba para la jalea y a pesar de que prefería su gusto si la acompañaba con crema, solía prescindir de ella, pues la crema empañaba las fracturas transparentes. Aun en los juegos, este espíritu es positivo para niños que piensan correctamente. Es por eso que las escondidas tienen semejanza predominante, pues es la fuente primordial de la aventura, y las acciones y el entusiasmo que generan los predispone hacia casi toda forma de fábula. Y por eso el cricket, que es mera materia de desdicha, que no genera nada y no llega a objetivo alguno, fracasa tan a menudo en satisfacer los apetitos infantiles. Se acepta que es un entretenimiento, pero no algo a lo que se pueda jugar. No podemos contarnos una historia respecto del cricket y la actividad a la que da lugar no puede justificarse en teoría alguna. Incluso el fútbol, a pesar de simular admirablemente la lucha, la decadencia y el flujo de una batalla, ha presentado dificultades a la mente de los jóvenes luchadores en busca de verosimilitud y conozco al menos a un pequeño quien estaba maravillosamente ejercitado con la pelota y que tenía que estimularse cada vez que iba a jugar con una elaborada historia de encantamientos antes de tomar el proyectil como una especie de talismán metido dentro del conflicto entre dos naciones árabes.

Pensar en esta disposición mental es preocuparse por cómo educar a los niños. Es seguro que viven en una época mítica y que no son contemporáneos de sus padres. ¿Qué pueden pensar acerca de ellos? ¿Qué hacer con esos gigantes barbados o con pollejas que se inclinan a contemplar sus juegos? ¿Que se mueven en un nebuloso Olimpo, siguiendo designios desconocidos y lejanos al placer racional? ¿Que profesan la más tierna solicitud a los niños y sin embargo una cantidad de veces abandonan esa actitud y reivindican terriblemente las prerrogativas de la edad? Frente a todo esto, se halla el niño, de cuerpo ágil pero de moral rebelde. ¿Fueron alguna vez esas impensadas deidades padres? Pagaría lo que sea por saber cuál es el sentimiento puro de los niños en nueve de cada diez casos. Una sensación de ser engatusado, una sensación de atractivo personal muy débil en el mejor de los casos; sobre todo, me atrevo a imaginar un sentimiento de terror a causa del resto no experimentado de humanidad que se pierde para que él sienta esa atracción. No es de asombrarse, pobre corazoncito, con un

mundo tan tumultuoso en el que vive si se aferra a la mano que conoce. La terrible irracionalidad de toda la cuestión, tal como se les aparece a los niños, es algo que estamos demasiado dispuestos a olvidar. Me recuerdo imaginando apasionadamente por qué no podemos todos ser felices y dedicarnos a jugar. Y cuando los niños filosofan, creo que habitualmente lo hacen con este mismo objetivo.

Al menos algo queda claro en estas consideraciones: sea lo que sea que esperemos de las manos de los niños, no habrá de ser una exactitud matemática sobre los términos del asunto. Caminan en una vana exhibición y entre medio de nieblas y arco iris; corren apasionadamente detrás de los sueños y se desprecupan de toda realidad. Hablar es un arte difícil y no completamente conocido y nada hay en sus propias inclinaciones o propósitos que les enseñe qué queremos decir con la verdad abstracta. Cuando un mal escritor es inexacto, aun cuando pueda indagar en medio siglo, lo acusamos de incompetencia pero no de deshonestidad. ¿Por qué no aplicar el mismo criterio a quienes se expresan de modo imperfecto? Que un ganadero sea un completo ignorante respecto a la poesía, o que un poeta se pierda en los detalles de los negocios. Lo perdonaremos de todo corazón. Pero si se nos muestra una miserable entidad humana sin calzones, cuya única profesión sea la de tomar un balde por una ciudad fortificada y una brocha de afeitar por un estilete mortal y que ocupa las tres cuartas partes de su tiempo en una ensoñación y el resto en una abierta autodecepción, esperamos que sea tan cuidadoso con los hechos como un experto científico manejando sus evidencias. Sinceramente, me parece una actitud menos que decente. Es no considerar cuán poco ve un niño o cuán dispuesto está a confundir lo que ve con una embrujada ficción y que le preocupa menos lo que llamamos verdad que a nosotros una galleta en forma de dragón. Recuerdo mientras escrito que el niño se preocupa mucho de la verdad exacta de sus historias. Pero en realidad se trata de un asunto muy diferente y que se vincula con el tema del juego y de la cantidad precisa de *jugacidad* y *jugabilidad* que debe buscarse en el mundo. Varias de estas agudas preguntas deben aparecer en el curso de la educación infantil. Entre la fauna de este planeta, que ya incluye al bello soldado y al terrorífico mendigo irlandés, ¿no puede el niño esperar un Barbazul o un Cormorán?

¿no puede buscar magos que sean amables y potentes? ¿Puede o no esperar razonablemente ser abandonado en una isla desierta o que se lo transforme a tan diminutas proporciones de modo que pueda vivir en términos de igualdad con su batallón de soldaditos y armar un crucero en su propia goleta? Sin dudas se trata de preguntas graciosas para un neófito que ingresa a la vida con un deseo de jugar. El niño puede entender la precisión cuando se trata de este punto. Pero si meramente le preguntamos sobre su conducta pasada, por ejemplo quién arrojó una piedra, prendió tal o cual fósforo o si ha contemplado un parque o pasado por un camino prohibido, pues no le ve sentido al interrogatorio y se puede apostar diez contra uno que se ha olvidado ya de la mitad y que por lo demás se ha marea-

do con las consiguientes escenas imaginadas; Sería fácil dejarlos en su nativo país de nubes, donde aparecen tan bellos —bellos como flores e inocentes como cachorros. Saldrán muy pronto de sus jardines para tener que internarse en oficinas y en los laberintos que reserva la justicia a los testigos. Disfrútenlo aún un momento, padres conscientes. Que puedan retozar un poco más entre sus materiales de juego. ¿Cómo saber si no les espera en el futuro una existencia dura y de permanente lucha?

[De *Ensayos*, R. L. Stevenson. Traducción de Marcos Mayer. Buenos Aires: Losada, 2005.]

[SUPERVISÓ: H.W., 2006]